

DIPLOMA SUPERIOR EN

CIENCIAS POLITICAS

CON MENCIÓN EN ASUNTOS LATINOAMERICANOS

FLACSO-ECUADOR 1987-1988

T E S I S: EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO:
EL PROCESO DE DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA
MARXISTA ECUATORIANA DURANTE LA DECADA DEL
SESENTA, ANALIZADO A TRAVES DEL DISCURSO
POLITICO.

ADRIAN BONILLA

DIRECTORA: Amparo Menéndez Carrión

LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA EN LOS AÑOS SESENTA

C O N T E N I D O

PREFACIO

INTRODUCCION

I. PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

1. Saussure y Roland Barthes
2. Foucault
3. Laclau, Veron y de Ippola
4. Conclusión

II. LA RUPTURA DISCURSIVA DEL SESENTA, ANTECEDENTES Y CONTEXTO LATINO-AMERICANO

1. Socialismo y Comunismo. Antecedentes Generales
2. La diferenciación en América Latina
3. Conclusión

III. LAS VERTIENTES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA

1. Descripción de las dinámicas
2. Conclusión

IV. LOS OBJETIVOS DEL DISCURSO. LOS PUNTOS DE ESCISION

1. La caracterización de la sociedad
2. Los sujetos del proceso de transformación
3. La vía de la revolución
4. Conclusiones

V. CONCLUSIONES GENERALES. FUNCIONES DEL DISCURSO Y PROSPECCION

1. La producción de la creencia en la percepción de la sociedad
2. Una perspectiva desde el sistema interamericano

3. Elementos para la consideración de las expectativas el discurso
de contestación y violencia.

APENDICE METODOLOGICO

BIBLIOGRAFIA

C A P I T U L O V

EL DISCURSO POLITICO MARXISTA COMO EXPRESIÓN DE LA DINAMICA DE PARTICIPACION DE LA IZQUIERDA PARTIDISTA.-

1. INTRODUCCION.-

El discurso político es una práctica societal que expresa, en tanto tal, las relaciones que constituyen el escenario donde fue construido. Desde esta perspectiva, el sesgo analítico de este trabajo apunta a diferenciarlo de las nociones como "ideología", cuyo uso extendido y asistemático ha devenido en la atribución automática de funciones predeterminadas por los condicionamientos sociales. En este capítulo se hará un análisis del discurso político de la izquierda marxista ecuatoriana, especificando como espacio a lo ideológico, considerando como parte del proceso de enunciación discursiva y referido concretamente a las condiciones de producción de la creencia.

En efecto ideológico del discurso será tratado en términos históricos y confrontado con los elementos críticos que a propósito de sus enunciados, se han desarrollado en los capítulos precedentes,

(135) (La FLACSO dio a luz una generación de agraristas durante la década del 70, cuya producción es una de las más importantes en la historia de las ciencias sociales ecuatorianas).

(136) Véase, Pe. MODOS DE PRODUCCION EN AMERICA LATINA, los trabajos Assadoriam, Laclau y otros, Siglo XXI, Bogotá, 1976; o Sonntag 1988).

para observar su pertinencia teórica, como forma de concebir la realidad de la formación social ecuatoriana, en el contexto en que fue emitido. En esta misma línea se desarrollará un ejercicio para aportar elementos que ayuden a comprender el proceso de mitificación de algunas de las nociones que, siendo consideradas científicas por los enunciadores y premisas del conjunto de sus prácticas políticas, devinieron en la apelación a realidades inexistentes, a percepciones no sistemáticas, que modificaron la creencia y la tensión utópica, a las que se pudo haber transformado en percepciones míticas, durante el proceso de verificación o falsación del discurso.

Con estos antecedentes se vuelve necesario un ejercicio que confronte el discurso en dos direcciones: una respecto del sistema interamericano (137), pues tanto el proceso de enunciación como los contenidos son una dinámica producida, como se ha constatado, en toda América Latina durante la década de los sesenta, cuanto porque una de las premisas de autopercepción de ese propio discurso es su internacionalidad; y otra, en el escenario político inmediato, a propósito de sus funcionalidades para conducir o expresar procesos de contestación y violencia o dinámicas de inclusión en el sistema político.

La perspectiva dentro del sistema interamericano, supone observar la influencia del discurso en la constitución como actor periférico del marxismo partidista en dicho espacio, y la respuesta desde el

(137) (Esta noción designa el conjunto de relaciones estatales y de otros actores internacionales, en función de la dinámica política entre América Latina y los Estados Unidos.

interlocutor y contradictor principal de ese escenario: los Estados Unidos. A propósito de esto se enfatizará el análisis del marxismo como un actor endógeno de la realidad latinoamericana, atravesado por la consideración norteamericana de una dinámica bipolar que le caracterizaba, sin admitir elementos históricos, en el polo de la Unión Soviética, percepción que será criticada.

En la consideración de las expectativas del discurso de contestación y violencia, usando categorías analíticas de distintas escuelas metodológicas de las ciencias políticas, se intentará dar cuenta en este capítulo, de las relaciones entre discurso y participación política para escenarios comunes a América Latina, aunque la referencia es el discurso partidario de la izquierda marxista ecuatoriana, para lo cual se hará consideración a la estructura de la sociedad y a la constitución de los sistemas políticos latinoamericanos, a fin de plantear las posibilidades en las que este actor puede desarrollar prácticas políticas y disputar hegemonías, a partir de su propia imagen-objetivo, tomando en cuenta las fuerzas sociales a las que apela y el proyecto político que representa, en contradicción con las hegemonías constituidas, lo cual lleva a evaluar la posibilidad de que ese mismo discurso pueda, en circunstancias políticas distintas, tener una doble funcionalidad por lo menos, así como expresar dos procesos políticos distintos: la violencia como forma de participación política en condiciones estructurales y políticas de conflicto, y la inclusión en el sistema desde relaciones de apertura mutua.

2. LA PRODUCCION DE LA CREENCIA EN LA PERCEPCION DE LA SOCIEDAD.-

En el análisis de las enunciaciones políticas, en el Ecuador, se ha tendido a concebir al discurso como un sinónimo de ideología. Todo discurso desde luego, porta una carga ideológica, pero el problema es más bien metodológico. En este caso nos referimos a él como una práctica social, como una relación compleja entre el emisor y el productor, y en esa medida al espacio de lo social como el escenario que se constituye de discursos de distinto orden, de acuerdo a las relaciones diversas que se establecen en torno a la reproducción de la vida de los hombres.

El discurso político marxista no tiene una forma lineal de producción y circulación. Las condiciones en que fue constituido revelan un entorno heterogéneo y la coexistencia de referentes sociales, así como históricos heterogéneos. El objeto de ese discurso, es igualmente múltiple. No se trata solo de codificar una serie de percepciones de la realidad; no expresa únicamente la necesidad de comunicar una sistematización de ideas políticas, sino que evidenciaba un proceso de carácter general a través del cual se integraban las nociones previas, las tradiciones y formas de adaptación al sistema político ecuatoriano de esta corriente, el proceso histórico de carácter mundial que formó las condiciones específicas de la enunciación, del mismo modo que el impacto de estímulos latinoamericanos, entre muchos otros procesos y relaciones, de carácter cotidiano,

por ejemplo, que sirvieron para constituirlo.

Desde esta perspectiva la ideología llevada por el discurso político marxista, designa el proceso específico en el que ese discurso fue creado. Las condiciones de la década del sesenta implicaron una ruptura entre las concepciones previas, provenientes de la III Internacional, frente a un proceso político latinoamericano que las negó: Cuba, y al hecho de que la realidad de las formaciones sociales latinoamericanas era equiparable, desde la visión teórica del instrumental metodológico marxista que se manejaba en ese momento, con esa realidad. En el Ecuador, como en los otros países del continente, eso implicó el anacronismo de los postulados previos, y un proceso paralelo de contradicciones. Esa década observó como las condiciones de producción del discurso cambiaron y por lo tanto la necesidad de producir uno nuevo fue inevitable.

No cambian, precisamente, los referentes estructurales. No es un proceso similar -que se intentó construir teóricamente luego- a las revoluciones industriales de los países capitalistas desarrollados; tampoco fue una guerra con la consiguiente modificación del esquema de instrumentos de producción y fuerzas productivas. Es básicamente un hecho político, lo que da una dimensión de análisis diferente del conjunto de los hechos sociales, y que genera a su vez referentes nuevos en nuevos hechos políticos.

La especificidad del discurso político marxista reside en la permea-

bilidad que su existencia previa tuvo frente a las consecuencias derivadas de la revolución cubana, más que ningún otro discurso político partidario, pues sus propias premisas de constitución fueron afectadas.

El efecto ideológico de ese discurso fue entonces, anacrónico, considerado como una condición de producción de la creencia. Así, elementos como el fatalismo geográfico, como la concepción del cambio por etapas, como la alianza con sectores burgueses, como la versión insurreccionalista vía huelga general para la revolución, como la necesidad del partido leninista, como el papel de vanguardia del proletariado, que eran los supuestos de reproducción y difusión de esa creencia fueron cuestionados en términos totales. Esta negación ideológica implicó también una fractura del instrumental gnoseológico que lo acompañaba. El asunto, sin embargo, dado el rol que el discurso político marxista percibía de los sujetos que los elaboraban, se expresó sobre todo en el nivel ideológico, en la necesidad de readecuar las categorías que fundamentan la creencia, pero ello a su vez revelaba una interrelación más amplia con otras prácticas y situaciones, y galvanizó un proceso histórico previo que, aún antes de que el hecho referencial se produzca ya existía .

Las contradicciones de la militancia de los viejos partidos marxistas, que eran básicamente fundamentadas en el devenir de las prácticas políticas inmediatas y que hacían relación a los usos y a la locación

de los recursos y el poder, se expresó en la dinámica de constitución de los nuevos discursos, pero las funciones estarían condicionadas a expresar la relación de lo que se hablaba con los sujetos que lo decían. Es decir a expresar la historia de las contradicciones y a convertirse en el instrumento que solucionaba, mediante la vía de la diferenciación, la competencia de espacios políticos, que encontró en el referente externo la posibilidad de romper las condiciones de la realidad del microescenario político marxista.

Con estos antecedentes el discurso marxista de los sesentas fue elaborado como resultado de un proceso de fractura de las condiciones sociales de su enunciación previa, y tuvo una función básicamente de autorreferencia a la diferenciación. En sí mismo, al igual que las guerrillas del Toachi, o la fundación del MIR o del PCMLE, es una práctica y fue concebido como eso. No importan, no hay diferencias, para los efectos de esta conclusión en sí los contenidos tuvieron o no correspondencia con las otras prácticas.

El problema no consiste en sí se llevó adelante la lucha armada proclamada por ejemplo; el punto de este análisis es que la proclamación de la insurrección armada era ya una práctica política; en que la enunciación del discurso consistía por sí mismo evidencia del proceso de transformaciones que se produjo en el Ecuador y América Latina; aún más, una práctica voluntaria, conciente y premeditada, tanto como pudo haberlo sido una acción insurreccional o la expulsión de una fracción del PC o la escisión del Partido Socialista.

Considerado como práctica interpelativa, el discurso marxista de los años sesenta opera antes que nada en el escenario político que le es específico, sin involucrarse a toda la sociedad. El problema básicamente no era la toma del poder del Estado, sino la toma del poder de las direcciones de los partidos como paso previo. De esta suerte, el polo estructural fue homogéneo; la representación de los intereses de los sectores subordinados de la sociedad, pero la interpelación apenas si llegó a la periferia de esos sectores por arriba, las capas medias, porque la hegemonía a disputarse no se encontraba en el Estado sino en los instrumentos que más tarde lo interpelarían.

En tanto las circunstancias de la producción del discurso marxista condicionaba la creación de los enunciados a los propósitos de diferenciación entre las distintas vertientes, los elementos analíticos incluidos se subordinaron a los propósitos interpelativos. La interpretación del marxismo y de la realidad fue secundaria a la exposición de imágenes movilizadoras. El futuro pretendido fue preeminente a las consideraciones del presente. El discurso toma, entonces, un cauce utopista y apela adhesiones desde una retórica emotiva. Fueron las metáforas más que los conceptos los que lo integraron.

La apelación a realidades no existentes, en el sentido clásico de la utopía: "no hay tal lugar pero puede haberlo", devino en la utilización mítica del marxismo, es decir de códigos de representación que servían para sustentar el proceso integrador del discurso, pero

además para convocar y transformarlo en acción, como una fuerza movilizadora hacia la práctica colectiva de la política. El mito alude a percepciones no racionales, pero no por ello deja de aludir a motivaciones que se desprenden de la realidad histórica de los sujetos sociales e individuales apelados. Independientemente de si se toma o no posición respecto de la pertinencia o validez del uso de este recurso, es incuestionable su existencia, así como la forma en que se constituye no es necesariamente premeditada.

Agnes Heller sostiene que los mitos de la izquierda se constituyen socialmente en el proceso de verificación o falsación del discurso. (Op.cit,p.58). Cuando las premisas que los sostienen se vuelven indispensables para la enunciación -lo cual es un proceso histórico y social- de modo que se convierten en creencias sin un proceso previo de confrontación con la realidad que están expresando.

No hace falta, pues, prueba; su contradicción simplemente causaría la exclusión de la comunidad que se erige a su alrededor. Son en cierto sentido artículos de fe, pero cumplen una función integradora, identifican al colectivo portador del resto de la comunidad y suscitan prácticas; esto supone, también la creación de formas culturales propias. La conversión mítica del marxismo se da en la fragmentada asimilación de éste, cosa que ocurre desde luego por la relación de la teoría social con las prácticas societales, vía la acción política (Cfr. Castagno, Antonio, Símbolos y mitos políticos, op.

cit. cap.II, pp25-82). La tensión utópica del marxismo deviene en mitificación: la sociedad comunista del futuro, la insurrección general (Castagno, p.85); el socialismo real, la revolución, la lucha final, el Tercer Mundo y la liberación nacional, son nociones que entre otras, habrían sufrido el proceso de mitificación (Heller, pp.57-117).

El Marxismo partidario tiene una historia de cerca de setenta años en los cuales la formulación de propuestas se ha levantado sobre supuestos, cuya transmisión admite formas de adaptación y reproducción específicas; una manera de percibir la sociedad y una forma de interactuar con ella, de adaptarse y de transformarla. Un discurso. Es decir, estarían constituidas las premisas generales para pensar en una cultura política, conformada desde distintas prácticas, es cierto, algunas de las cuales -incluso- formarían cada vez culturas más diferenciadas de la matriz (Este es un elemento que podría ser usado para comprender fenómenos de violencia y contestación, p.e. el PCP, Sendero Luminoso).

La generación de un nuevo discurso tuvo en la izquierda marxista un proceso paralelo de recomposición orgánica al interior de los partidos; pero además cambió también el nivel de lo axiológico-valorativo. La revolución, en realidad operó en ese escenario, puesto que la sociedad, el estado, el sistema político, no fue contestado de acuerdo a las enunciaciones. El discurso devino en la exposición

de enunciados casi emocionales de la sociedad en su conjunto, pero sobre todo, al menos en el caso de los grupos escindidos de los partidos matrices, de aquellos que compartían el mismo espacio político. Esto comprobaría una vez más que la función integradora del discurso, en este caso, operaría por oposición en la búsqueda de la identificación de cada uno de los grupos en relación primordial con el microescenario.

Las palancas de la transformación social fueron indagadas en los elementos que servían de propia referencia, más que en los procesos societales que tenían que involucrar a las prácticas transformadoras.

El sujeto de la transformación no fue buscado en el proletariado contenido en las enunciaciones, ni tampoco en el conjunto de clases consideradas dominadas y explotadas, ni en el acercamiento a las dinámicas del poder. La revolución ocurrió primero en el proceso discursivo, lo cual es necesario insistir no es bueno ni malo, ocurrió en ese plano de las prácticas sociales, fue real, no hay rangos distintos entre aquella y otras prácticas, pero los resultados de esa transformación no pudieron permear el ambiente en el que fue producida.

Desde el punto de vista analítico, como se ha anotado, la visión del mundo usó una metodología instrumentalista; en realidad la actitud principalista eludió la consideración de lo político como un nivel

autónomo y decisivo de la vida social. No solo que no se elaboró en el discurso una teoría de el Estado y de la democracia socialista que se enfrentaran a la funcionalidad del Estado Capitalista y que presentaran un alternativa a la percepción dominante del poder y la democracia (Falencias que el desarrollo de la teoría marxista en general no ha podido superar, cfr. Bobbio, Norberto, QUE SOCIALISMO?, Plaza y Janes, Barcelona, 1986), sino que las condiciones históricas de producción de ese discurso constituyeron un entorno que incluso desconocía versiones del marxismo político elaboradas varias décadasatrás, como las de José Carlos Mariátegui o de Antonio Gramsci.

La izquierda, entonces, se aísla de la política de la formación social; no participa en los procesos de toma de decisión, no interpe-la a otros actores políticos y para 1968, por ejemplo, los resultados electorales ubican al PC en el último lugar, mientras que los escenarios para los otros partidos se redujeron a los únicos espacios en los que tenía sentido dicho discurso; medios estudiantiles, y en menor medida, gremiales, en donde la tensión utópica podía convocar adhesiones, porque ella no quebraba, en lo inmediato, las premisas de la reproducción de las relaciones societales en las que vivían, los actores específicos interpelados.

El proceso de alejamiento de la sociedad, obedecería, además a la falta de perspectivas políticas que la interpretación instrumentalis-

ta del marxismo otorga a los partidos de izquierda.

Efectivamente, la percepción histórica progresiva, lineal y uniforme de esta forma de entendimiento no asume el hecho de que el Estado podría tener una dinámica capitalista, sin estar necesariamente controlado por lo que se concibe como burguesía, del mismo modo que en condiciones de producción capitalista pueden ocurrir procesos de decisión que afecten los intereses de las clases dominantes. De otro lado esta percepción es suficiente para explicar los fenómenos culturales, ideológicos o de legitimación, pues la autonomía relativa de los procesos sociales se analiza desde la perspectiva automática de la manipulación clasista. (Bagley, Bruce, "Elitism, Pluralism and Marxism: Positivist and Dialectical approaches to the study of Political Power and the State in Latin America", mimeo, John Hopkins University, Washington, 1981, p.p. 92-93).

A pesar de ello, el pensamiento marxista de la década de los sesentas, es probablemente la única expresión que en la formación social ecuatoriana cataliza la ruptura en el nivel axiológico y valorativo que se da a nivel mundial y que es, más tarde, asimilado por las instituciones sociales. Una nueva dimensión ética y cultural se habría alimentado en Sastre, Franz Fanon, Marcuse, La Revolución Cultural China, la literatura de Ernesto Guevara, en fin toda suerte de textos impregnados del izquierdismo revolucionario de la época. Este proceso habría sido especialmente notable en los medios de

la intelectualidad ecuatoriana, la misma que de una u otra manera habría estado ligada a los proyectos partidarios de la izquierda marxista, sobre todo de aquellas vertientes que rompieron con las visiones ortodoxas (Cfr. Moreano, Alejandro, "De la ética de la revolución al culto del orden", Ponencia presentada al seminario Cultura entre dos crisis, Quito, 1987).

2. UNA PERSPECTIVA DESDE EL SISTEMA INTERAMERICANO.-

Pero, hay un elemento más que se desprende de la orientación hacia afuera de la izquierda ecuatoriana, actitud que es perfectamente comprensible desde las premisas del pensamiento marxista, puesto que una de sus fundamentaciones es el carácter internacional de las relaciones de producción y de las clases sociales, y sería el hecho de la inclusión del marxismo partidario como un actor periférico en el sistema de relaciones interamericano, visto como conjunto de organizaciones radicales latinoamericanas.

Los procesos de cambio continuo del sistema latinoamericano, resultantes de la adaptación de la estructura a procesos de industrialización y mercantilización de las relaciones sociales, supusieron efectos de heterogeneidad estructural, movilidad y movilización social, ruptura del núcleo prescriptivo, etc, y generaron consecuencias en la constitución de los sistemas políticos tales como desorganización y dislocación (Cfr. Eisesntad, S.N., Modernización, Movimientos

de protesta y cambio social, Amorrotu, Buenos Aires, p.41 y ss). El sistema político, por otra parte, se asienta en dinámicas de coerción estructural y de violencia estructural, que suponen esquemas de reproducción social y de dominación sobre relaciones económicas y políticas asimétricas entre los distintos grupos sociales. Siendo ésta una realidad latinoamericana, una de las expresiones continentales también de este problema es la existencia de grupos de contestación que se erigen en portadores de las demandas de los sectores dominados y periféricos de la sociedad, siendo la izquierda marxista una de las versiones latinoamericanas más notables de esta presencia política.

En términos de relaciones internacionales, la izquierda marxista, sin tener el rango de actor principal como los Estados u organismos internacionales, expresa intereses que se constituyen regionalmente por las consideraciones de tipo estructural ya anotadas, y además se inscribe en el escenario de las contradicciones internacionales. En la década del sesenta, en que la Guerra Fría todavía planteaba la continuidad de un esquema bipolar en el sistema-mundo, los marxismos latinoamericanos fueron asimilados hacia el polo soviético, desde la perspectiva norteamericana, que no evaluó las condiciones específicas de las formaciones sociales de América Latina, cuya realidad social no sólo que presentaba un entorno perfectamente válido para la presencia de esta corriente, sino que además su nacimiento, difusión y crecimiento son hechos internalizados y componentes culturales y nacionales de la historia del subcontinente. De

hecho los marxismos latinoamericanos son elementos endógenos al sistema político de los países latinoamericanos, y no realidades impuestas o consecuencias de las tensiones entre las potencias, pues incluso desde una perspectiva funcionalista, la constitución y dinámica de la izquierda continental puede ser considerada como un subsistema, periférico al sistema interamericano; no hay motivo para pensar que ninguna de las características pensadas por Easton, no puedan ser cubiertas por este actor pues, son el resultado de un proceso histórico y social en el cual se advierten:

"Una serie compleja de procesos mediante los cuales ciertos tipos de insumos se convierten en el tipo de productos que podemos denominar políticas, decisiones y acciones ejecutivas...vida política, que es un sistema de conducta incorporado a un ambiente cuyas influencias está expuesto el sistema político mismo, que a su turno reacciona frente a ellas". (138)

De las tres vertientes del marxismo ecuatoriano, es la comunista la que cuenta con una vida internacional más intensa. Esa es una práctica que ocurre desde su fundación, en la medida en que se autoconcibe como parte de un movimiento internacional, cuyas articulaciones orgánicas prácticamente lo vuelven un partido internacional. Su rol, en el espacio de las relaciones internacionales -que no es el único en el que se desenvuelve-, ha sido tradicionalmente

(138) ("Categorías para el análisis sistémico de la política", en Easton, comp: ENFOQUES SOBRE TEORIA POLITICA, Amarrótu, Buenos Aires, 1969, p.217).

el de representante de los intereses del bloque socialista y particularmente de la Unión Soviética, pero durante la década del sesenta, no pudo evitar expandir ese papel y servir de puente para el acceso, sobre todo a la política cubana, a las organizaciones heréticas que se desprendieron de su seno, del mismo modo que la relación partidaria es la que contacta a los militantes que se harían maoistas con el Partido Comunista Chino. Desde esa perspectiva su propia funcionalidad en el terreno internacional, que era uno de los cimientos de la fortaleza orgánica del partido, que ve cuestionada en el momento de la diferenciación. Sin embargo es necesario insistir en el papel jugado por los PC latinoamericanos para el sostenimiento de una política relativamente pro-soviética de las vertientes insurreccionales y socialistas radicales, que actuaron, además, movidas por el grado creciente de relaciones que desarrollaron Cuba y la URSS.

Las vertientes disidentes, maoismos y socialismos radicalizadas, en el nivel del sistema latinoamericano, en cambio, no tendrían una presencia tan importante, por el grado de dispersión de su horizonte teórico y por su participación política heterogénea, de modo que su calificación como actor político válido o de influencia directa en el escenario latinoamericano es difícil, por su falta de status y de representación política e institucional.

El discurso contradictor, básicamente respondido desde los Estados

Unidos, no dejó tampoco de ser instrumentalista. Esta visión no diferenció los distintos orígenes, tendencias y prácticas de la constestación de la riqueza latinoamericana. Más bien vuelve fundamental la articulación a la Unión Soviética y a lo que llamó "el comunismo Internacional" en una evaluación que privó de toda autonomía a la acción del marxismo partidario y que lo desligó del entorno social al que pertenecía, enfatizando, de otro lado el carácter conspirativo y siniestro que éste tendría, soslayando el marco cultural y estructural en el que se desenvuelve:

""Afirmar que los comunistas escalan el poder en virtud de la competencia política supone, en primer lugar, que no son arrojados, a las alturas del poder por marejadas de fatalismo histórico; en segundo lugar, que el éxito de los partidos comunistas está determinado por el talento político de sus dirigentes al aprovechar las oportunidades que se les presentan, menos cuando se imponen en virtud de la ocupación militar; y en tercer lugar que no tratamos de una fuerza histórica amorfa, sino de las actividades de individuos concretos en situaciones específicas". (139)

Esta percepción, también automática, ha sustentado tradicionalmente el proceso de toma de decisiones en materia de política internacional por parte de los Estados Unidos en América Latina, proponiendo esquemas de exclusión de la corriente marxista de los sistemas políticos. Los resultados han devenido eventualmente en violencia, disolución de la sociedad civil y debilidad de los sistemas institucionales.

Incluso planteamientos "modernizantes" formulados en la década del

(139) (Kirkpatrick, Jeanne, "Introducción" en: LA ESTRATEGIA DEL ENGAÑO, Ed. Limusa-Wiley, México, 1964, p.p. XIII-XIV).

sesenta que planteaban, si no la represión, el aislamiento del marxismo por considerar que la competencia de los partidos izquierdistas se nutre de los espacios fracturados que deja el sistema, pero que básicamente el interés perseguido por ellos es reordenar las relaciones de América Latina contra los Estados Unidos y a favor del bloque socialista, por lo cual la modernización debería crear espacios para que las viejas élites se reconstituyan en organizaciones políticas que construyan verdaderos estados nacionales (140), han encontrado sociedades heterogéneas y fragmentadas cuyas condiciones estructurales y políticas no pueden tergiversarse para la eliminación de un actor perfectamente endógeno.

Si se admite que un sistema político implica el desarrollo de varias prácticas sociales colectivas interrelacionadas que se generan y se alimentan a la vez de una memoria valorativa y cultural, entonces el espacio de la organizaciones que practican la contestación como una forma de participación política y que contradicen los intereses y valores del bloque hegemónico, es admisible como posibilidad teórica y ha existido, a través del discurso marxista en el conjunto de países latinoamericanos.

No hay actores si es que no identifican intereses, los mismos que aparecen en el discurso izquierdista representando una perspectiva de la idea de "nación" en oposición a lo que se define como "El

(140) (Alexander, J. Robert, "El comunismo y los partidos nacionales de reforma social en América Latina", en LA ESTRATEGIA DEL ENGAÑO, op.cit.p.p.465-504).

imperialismo", que se repite en términos más o menos similares en todos los países del área. Desde la Revolución Cubana, no ha existido conflicto de carácter violento entre los Estados Unidos y América Latina, en el cual la izquierda marxista no haya sido uno de los factores políticos protagónicos, de modo que la pertinencia de su consideración como actor sobre todo en momentos críticos en el sistema interamericano parece ser razonable. Ahora bien, las condiciones que reunirían para ser definidos así en forma permanente: conjunto de prácticas colectivas, imágenes-objetivo similares, no tienen correspondencia en una fuerza social de carácter regional, porque la heterogénea y fragmentada realidad latinoamericana ha enmarcado orígenes históricos diversos, extracción social múltiple, realidades estructurales diferentes, así como la carencia de una institucionalidad o localización de recursos que impliquen la existencia de un poder regional paralelo, que pueda involucrar un rango superior en la escena latinoamericana. Son, por tanto, un actor, pero eventual y periférico.

3. ELEMENTOS PARA LA CONSIDERACION DE LAS EXPECTATIVAS DEL DISCURSO DE CONTESTACION Y VIOLENCIA.-

En uno de los aportes clásicos y las ciencias políticas (141), Gino

(141) ("Democracia y autoritarismo en América", en: Germani et.al. LOS LIMITES DE LA DEMOCRACIA, CLACSO, Buenos Aires, pp.21-58).

Germani reflexionaba que lo que él denomina "proceso de modernización" de América Latina implicaba el rompimiento del núcleo central prescriptivo de las sociedades tradicionales, podría devenir en un escenario futuro que, dadas las condiciones de precariedad estructural de la región, tenga que reproducirse mediante sistemas políticos autoritarios y excluyentes. Parece ser evidente, por otro lado, que los sistemas políticos latinoamericanos se fundamenten en dinámicas de coerción estructural (142), que supone a la vez la implantación de sistemas de dominación, en el cual la participación política fluye por canales parainstitucionales, impulsada por los intereses de diversos sectores societales que se complementan en la precariedad asimétricamente.

Estos últimos planteamientos pueden ser afines a la noción gramsciana que entiende a la sociedad política autónoma pero profundamente interrelacionada con la sociedad civil, en la cual los escenarios políticos son espacios de confrontación de intereses estructuralmente determinados, donde la hegemonía de un determinado bloque histórico impondrá la forma del tratamiento de las demandas societales con relación a sus propios intereses de reproducción y expansión.

Estos elementos presentan, en términos generales, un panorama en el cual los sectores periféricos o dominados de la sociedad se en-

(142) (Menéndez-Carrión, LA CONQUISTA DEL VOTO, op.cit.,p.95).

uentran ante límites extremos de participación política en condiciones de precariedad estructural. En este escenario la izquierda marxista produce su discurso, reconociendo desde una perspectiva analítica y simbólica propia los elementos presentes en el contexto societal y no hay ninguna razón pensar que eventualmente esos enunciados no tengan capacidad movilizadora o se resuman, con éxito en prácticas violentistas (que es el caso de las guerrillas de los años 80 en Latinoamérica). De otro lado las posibilidades de reproducción del sistema en contextos de democracia representativa con la exclusión de este actor podrían devenir en nuevos autoritarismos, pues la capacidad de sustentación de ese tipo de regímenes estaría subordinada a la posibilidad de formas más consociativas de gobierno, que admitan a los sectores subordinados siempre y cuando el objetivo de las élites sea la continuidad del esquema de estado-nación (143).

América Latina, encuentra sin embargo una realidad estructural y una composición orgánica del poder, que no admite esta última alternativa, por lo cual la posibilidad de escenarios conflictivos, en los cuales el discurso marxista podría servir, como ha servido, para catalizar el descontento social no puede descartarse.

Si uno de los problemas centrales que se plantean algunas perspectivas analíticas respecto de los sistemas políticos latinoamericanos es el problema de la estabilidad democrática, otro orden de análisis volverá contingente esta temática a los propósitos del sistema en

(143) (Moulian Tomas, "La democracia difícil", mimeo, FLACSO-Chile, 1988).

relación con la sociedad, más allá de la preservación del orden y de la reproducción de las élites y de la continuidad de la violencia estructural. La estabilidad supondría, entonces ampliación de los espacios de participación política y la legitimación de la posibilidad de coexistencia de proyectos societales distintos (144).

Elementos que sirven para aventurar la forma de participación de la constestación y el acceso o no a recursos de violencia que pueden ser movilizados por un discurso de corte marxista, o desprendido de él.

El conflicto aparece cuando hay escasez de posiciones y recursos, participación destinada a impedir o atacar una decisión mediante prácticas no solamente discursivas. El conflicto requiere el contacto de los contradictores y la incompatibilidad respecto del uso del recurso que escasea, supone una dinámica en que el beneficio o triunfo de un contradictor suponga el perjuicio o la eliminación del otro, y acciones que involucran la fuerza en su ejecución. (145)

El discurso marxista, que originado en los años 60 no ha variado las premisas fundamentales que teorizan la participación violenta, cumple las condiciones como para que sus portadores sean actores de procesos de esta índole, legitimados por la forma de acceso y flujo de los recursos estructurales y del poder vigente en las socie-

(144) (Menéndez-Carrión, Amparo. "La democracia en el Ecuador: Desafíos, dilemas y perspectivas", documento de trabajo, FLACSO, Quito, 1988).

(145) (San Martín, Alejandro, "Esquema para un trabajo de investigación sobre el conflicto de la sociedad peruana", en: 7 ENSAYOS SOBRE LA VIOLENCIA EN EL PERU, Fundación Ebert, Lima, 1989).

dades latinoamericanas. (No es un problema que aluda a voluntades, ni que otorgue valorizaciones intrínsecas a las prácticas políticas de este o de cualquier otro actor, esa conclusión simplemente se desprende de la constatación de las condiciones del escenario político, el mismo que por supuesto puede cambiar en direcciones advertidas, por ejemplo por Moulian o Menéndez-Carrión).

Con estos elementos, el discurso contestatario es un elemento de un proyecto político latente, cuyas condiciones de existencia subsisten; es decir forma parte de un conjunto de representaciones, símbolos y sistematizaciones (Imágen-objetivo) portados por un actor político histórico latinoamericano que apela el uso de prácticas políticas específicas a una fuerza social, y que reconoce el conflicto y la posibilidad de participación política no institucional como parte de su identidad. Las conductas internalizadas por el discurso de la lucha armada, por ejemplo, incluso cuando representaba enunciados contra-culturales, son correspondientes a formas de ejercicio de dominio en espacios sociales que, bien sea por su limitada disposición de recursos, o por las prácticas políticas de las élites, generan formas de reproducción del sistema que se caracterizan por tensionar la sociedad. La violencia política existe en un contorno en los que paralelamente viven otras formas de violencia también, y sus efectos involucran a todos los estratos sociales, sin que se pueda diferenciar su intensidad. (146).

(146) (Varios, "Hacia una visión general de la violencia actual en Colombia", en: COLOMBIA:VIOLENCIA Y DEMOCRACIA, Universidad Nacional de Colombia-COLCIENCIAS, Bogotá, 1988, pp17-30).

Ahora bien, el discurso político marxista -incluso el de la década del 60- no excluye la posibilidad de concebir un proyecto societal de contenidos democráticos, aunque los referentes formales no sean los mismos del pluralismo de Dahl y Mc. Pherson, elecciones periódicas, libertad de disensión, derechos de expresión, organización, etc., alternabilidad en el poder. Las premisas de la democracia del marxismo invocan la preeminencia de lo social por lo político, pero no hay elementos discursivos que sobre esa base nieguen la posibilidad de competencia política, aunque es necesario reconocer que la locación del poder al interior de las organizaciones partidarias, sobre todo en las vertientes comunista y maoista, reproduzcan más bien prácticas autoritarias, cosa que no ocurrió en los socialismos radicalizados de América Latina.

El discurso marxista, en realidad, carece de definiciones sobre el problema de la democracia. La retórica que libra el asunto planteando que es un problema "formal" no reconoce que no existen forams sin contenidos. No hay una cultura política propia en el discurso marxista ecuatoriano -o latinoamericano- que haya desarrollado esa noción. El tópico, desde luego, no puede tratarse desde perspectivas valorativas o ideologizadas, sino que tiene que ver con la reformulación del discurso hacia definiciones nuevas de la sociedad política y la superestructura, en su propia perspectiva.

La confrontación se localiza alrededor de los enunciados; se trataría

de superar las visiones instrumentalistas e hiperdeterminantes del estructuralismo, de admitir la posibilidad de existencia de los sistemas políticos como un conjunto de relaciones de dominación en un período histórico concreto, con expresiones específicas y diversas, de concebir a los instrumentos institucionales de dominación como espacios de confrontación entre las fuerzas políticas y sociales, es decir relativamente autónomos; de percibir a los polos clasistas de las relaciones de producción como fuerzas que no se constituyen automáticamente en sujetos políticos, y que por lo tanto la difusión del discurso depende de la capacidad articuladora de otras fuerzas que éste tenga, admitiendo demandas sociales de grupos estructuralmente distintos, lo cual pudiera implicar, también, la admisión de dinámicas de inclusión en el sistema político de la sociedad que se pretende transformar, a fin de generar precisamente ese proceso.

Las condiciones para la construcción de una fuerza social que se adhiera a ese proyecto y que vuelvan al discurso marxista un elemento generador de una dinámica que ubique a esta corriente en el centro de la sociedad por la disputa de la hegemonía, no han dejado de existir; pero tampoco aquellas que usando el mismo instrumental discursivo ubique la participación política en el campo del conflicto. El futuro de la corriente supera las percepciones que los actores tienen de sí mismos, involucra a la sociedad entera de la que forma parte, aún pretendiéndose diferenciar de ella, porque es una de las expresiones de su cultura y de su historia.

E P I L O G O

Casi treinta años luego de que el proceso de diferenciación del discurso marxista ecuatoriano dió comienzo, es pertinente preguntarse cuán revelante ha sido para el desarrollo de las otras prácticas políticas, y del mismo proyecto societal portado por esta corriente. Las circunstancias han cambiado enormemente, es cierto, pero también lo es que no ha disminuido la presencia social ni política de actores y movimientos sociales influenciados por ella. El discurso ha sufrido, desde luego, muchas transformaciones, pero los elementos básicos formulados en la década de los sesentas, continúan siendo parte de su estructura actual.

Dos hechos de carácter simbólico han marcado los límites del discurso de los sesentas. El primero, la muerte de Ernesto Guevara, ocurrida en Bolivia en 1967, que en los años posteriores trascendió de la tragedia épica hacia la consideración del absurdo radical de prácticas violentísimas sostenidas más que por presencias sociales por tensiones éticas. El segundo, la muerte de Salvador Allende y la caída del gobierno izquierdista que él presidía en Chile de 1973.

Ambas situaciones agotaron los supuestos que sostenían las expectativas de poder de la izquierda latinoamericana, y también la ecuatoriana. Se trataba de dos dinámicas distintas, una de contestación y violencia erigida sobre una concepción instrumental del Estado

y la política que justificaba la acción directa para la consecución de los fines, y otra que admitió la posibilidad de inclusión en el sistema, pero que fue rechazada y vencida. Sin embargo, ninguno de esos acontecimientos significó la desaparición del marxismo izquierdista, sino su readecuación.

En un ejercicio de prospección que dé pistas para un eventual devenir futuro de la corriente es necesario hacer una reflexión sobre los ejes discursivos fundamentales que se han transformado durante los últimos veinte años, y de los hechos históricos que puedan o no haber influido en ese cambio. El punto es distinguir cómo se han desarrollado, cuáles han sido las variaciones en el contexto de las otras prácticas políticas. Para el efecto, desde la perspectiva usada en este trabajo se aventurará a manera de epílogo una breve reflexión prospectiva que tome en cuenta los escenarios y los espacios de influencia sobre el discurso tanto a nivel externo, como en el plano internacional, para hacer una evaluación actual del discurso de las tres vertientes, distinguir hasta qué punto ellas mismas se han transformado -o si han surgido nuevas-, para proponer un nuevo intento clasificatorio, cuya prueba necesariamente debe ser objeto de un trabajo posterior. Así, hay hechos como los ya relatados en Bolivia y Chile, como la Revolución Nicaragüense, como la modernización china o el proceso de apertura en el Bloque Socialista del Este Europeo, que marcan desde afuera al izquierdismo marxista ecuatoriano. Los escenarios de ampliación

y de autoritarismo son los otros elementos pertinentes a las modificaciones asumidas por ese discurso.

1. Los ejes fundamentales.-

El tema del discurso de los años sesenta es, sin lugar a dudas, el de la revolución. Es la posibilidad de transformación total del sistema, no solamente político, sino social, lo que atraviesa todos los documentos de la izquierda. Los objetivos se vuelven maximalistas, la necesidad de la ruptura es percibida como inevitable, y de este fenómeno nacen -incluso- las escisiones ante la incapacidad de dar respuesta, por parte de los partidos marxistas tradicionales, a la exigencia que la época detona. La sociedad civil es, en la visión del discurso político marxista, desvalorizada, o confundida por entero con la sociedad política. En realidad el problema es la revolución social; no se pide lo posible, todas las metas son últimas; no se toma en cuenta la institucionalidad y sus límites, ellos son la concreción de la perversidad capitalista; no hay lugar a mediaciones, hay una polarización de todas las relaciones y de la percepción de los actores; la inclusión en el sistema era -en el mejor de los casos- sólo una táctica para su destrucción. A esta época en las ciencias sociales, por ejemplo, corresponde la etapa del dependentismo. Cuando las razones de la ira eran buscadas en el análisis de la estructura a fin de encontrar los elementos que prueben sistemáticamente la opresión y legitimen los objetivos de liberación nacional y socialismo.

En los ochenta ese panorama ha cambiado: el discurso ha dejado el jacobinismo; ni siquiera los grupos armados se plantean el socialismo como objetivo. La noción que atraviesa el discurso de todas las vertientes es el de la democracia, concebida desde luego en términos muy distintos a los de los pluralistas, hay sin embargo otra actitud a lo que implican las formas. El cambio propuesto no es un cambio total: la posibilidad de la revolución social es una expectativa de plazo ni siquiera designado, la prioridad se ha vuelto revolucionaria -en el más radical de los propósitos- al sistema político: ampliación de la democracia, vigencia de las libertades ciudadanas, redistribución de los recursos, etc.; en lo social, los objetivos plantean una lucha de reformas -profundas eso sí- pero reformas.

Los objetivos, son ahora, los mínimos, el discurso es el discurso de lo posible. La sociedad civil y la sociedad política se han divorciado nuevamente y los partidos políticos tienen que desarrollar estrategias para participar en el sistema político vigente, y tratar de insertarse, al mismo tiempo pero como espacio separado, en el seno de los movimientos sociales, cuyos dirigentes -por ejemplo- tienen que separar muy claramente sus prácticas ya sea, actúen como líderes sindicales, ya como representantes políticos. En el reino de la esquizofrenia, pues los planes no son la vida eterna sino el sobrevivir.

Los actores y las relaciones sociales han dejado de ser polares

y extremas. La izquierda admite mediaciones, matices, espacios intermedios. Las ciencias sociales, mucho más sofisticadas ahora, se han diversificado y especializado, se han fragmentado, y han reconocido que no es científico cargar de valores a un análisis. Los temas son gobernabilidad, intercambio desigual, deuda, diversidad, identidades, entre otros. Se trata de conocer cómo sobrevivir también.

2. Los hechos externos.-

La última batida en contra del izquierdismo socialista radical, la heterodoxia más creativa de las que surgieron en la década del sesenta, fue la Guerra del Cono Sur. La derrota fue política en los términos que habría imaginado Lenin, es decir considerando a lo militar como una continuidad de lo político. Las consecuencias fueron múltiples, pero en el plano discursivo probablemente lo que se evidencia con mayor fuerza es una readecuación de la izquierda latinoamericana, de la ecuatoriana en particular, a admitir la diversidad y la pluralidad de las relaciones de la sociedad como un hecho con el que hay que contar. No es, hay que reconocerlo, la más permeable de todas las fuerzas políticas a este tipo de categorías, pero no es menos cierto que las acepta, no sólo por el fracaso de los proyectos "proletarios" -en el discurso del Cono Sur, sobre todo de Argentina, sino por la evidencia que aportó la Revolución Sandinista.

La imagen de la Revolución Sandinista no tuvo la misma importancia

ni el impacto de la cubana. No ha planteado, como aquella, el problema de la posibilidad de la transformación total, no ha planteado otro esquema societal a ser reproducido, no ha planteado a satisfacción de objetivos sociales mínimos a cuenta de la transformación de estructuras, no ha planteado crisis internacionales de el sistema -mundo, no ha planteado nuevas formas organizativas sino periféricamente. Los diez años de la revolución sandinista han implicado, por el contrario, la dolorosa constatación de que la voluntad del pueblo no es invencible, además que un cambio revolucionario político no tiene que ser necesariamente social. La guerra, la intervención, los límites de la economía, la pobreza estructural previa de Nicaragua, han definido un proceso en que la estabilidad del régimen ha sido el único, sino el principal logro.

Sin embargo de ello, la imagen sandinista pudo haber operado en un proceso de diferenciación periférica dentro de las vertientes de la izquierda, y es que los usos de lo nacional, de lo "no marxista", de lo popular, identifican a las escisiones de principios del ochenta que, desprendidas de los socialismo radicalizados, han intentado construir un discurso -además de otras prácticas- de la lucha guerrillera. Ciertamente es que en este proceso la imagen nicaraguense se alimentó de un parecido sentido nacionalista levantado por organizaciones colombianas, especialmente el M-19, pero el punto es que esa diferenciación planteada en el seno de la

izquierda marxista, ha llevado a cuestionar por parte de los grupos que se reclaman subversivos a las propias premisas del marxismo, y a casi toda la cultura política previa que fundamentó la existencia última del marxismo partidista a lo largo de los últimos treinta años.

Un elemento adicional es la transformación del sistema de relaciones interamericanas y la debilidad, respecto de hace treinta años, de la hegemonía norteamericana que ha posibilitado la realización de uno de los intereses del Estado Cubano, que ha sido su re inserción en el sistema interamericano. Esto ha condicionado, como es obvio, la política cubana y también su apoyo logístico a las organizaciones marxistas y ha mediatizado, del mismo modo, los objetivos últimos de revolución que marcaron la década estudiada. La expectativa hacia el futuro, luego de la imposibilidad estructural para mantener la intensidad de la relación entre el bloque socialista de Europa Oriental y el Estado Caribeño, probablemente matizarán aún más las relaciones de Cuba con el resto de América Latina, así como también el referente principalista y simbólico para la propia izquierda.

Un elemento definitivo, por otra parte, es aquel que aportaría el proceso de transformaciones en el campo socialista. La caída de la "banda de los cuatro" en China durante la década del setenta, por ejemplo, fractura el movimiento maoista que se había formado

en casi todo el mundo y traslada el polo hacia Albania, cuyo rango en el escenario internacional no es comparable. La política de apertura soviética y la reformulación, revisión o exclusión del marxismo clásico en la misma, es probablemente el referente que más impacto tendrá en el discurso futuro de los partidos latinoamericanos, especialmente los comunistas, durante los próximos años, puesto que su digestión actual es todavía lenta, aunque inevitable.

3. Los referentes internos.-

La década del setenta, autoritaria en la forma de régimen, pero con una dinámica integradora y aperturista a los sectores periféricos de la sociedad, no encuentra una izquierda radicalizada en el conjunto de sus prácticas. El fracaso de la política foquista, el trauma de la caída chilena, obligan a buscar refugio en el discurso de las fuentes teóricas clásicas del marxismo militante; de esta manera el espacio del debate partidista se habría caracterizado por la búsqueda de identidad de las tres vertientes originadas en la década pasada a partir de los supuestos doctrinarios utilizados para comprender a los clásicos.

El debate es fantástico, traslada el campo histórico de la realidad ecuatoriana hacia la Rusia pre-revolucionaria, por ejemplo, y las discusiones versan sobre la conducta de Marx o de Lenin en un momento determinado de sus pasadas vidas en relación a un hecho político.

Si bien la izquierda marxista logró importantes avances en el movimiento social, especialmente los sectores sindicalizados, en lo político se autoexcluyó para refugiarse en el discurso 'esotérico' de los procedimientos o intenciones de sus fundadores históricos. A pesar de que los regímenes autoritarios no la persiguieron o excluyeron en términos de una política central del Estado, hubo una clara pérdida del escenario político que no llegó a ser percibida por esta corriente. Aunque en términos de participación política, obviamente quedó afuera, aislada de cualquier posibilidad de influencia en decisiones o procesos, pese a que sus preocupaciones en el Ecuador, no fueran precisamente esas, sino el desarrollo de un debate principalista.

Los escenarios de participación, por el contrario, se redujeron a las universidades, colegios secundarios y organizaciones gremiales, allí las diferentes vertientes y los partidos que las representaban, se enfrentaron permanentemente; la lucha era la lucha por los minúsculos recursos de una asociación estudiantil o de una federación de trabajadores, el Estado quedaba simplemente al mágen de su imaginación, como no sea para pensar en su destrucción en un lejano e hipotético futuro. El régimen autoritario implicó la enajenación de la izquierda marxista del objeto de la política y su reducción a escenarios absolutamente periféricos, en donde se reprodujo, es cierto, pero no influyó.

El proceso de redemocratización del sistema político ecuatoriano

incluye a la izquierda marxista partidaria en casi todas sus variantes en términos formales. Sin embargo los recursos que las distintas corrientes políticas, como expresión de intereses relativos a una dinámica más amplia que se interrelaciona con la estructura, tienen en ese sistema, la excluyeron de hecho. Las formas de procesamiento de las demandas que son cursadas en el sistema político a través de redes informales, fundamentadas en la coerción y violencia estructurales, cuya vigencia implica, en última instancia, la reproducción de mecanismos de exclusión, no están al alcance de la izquierda marxista, no son, por ello, un actor hegemónico en la formación social ecuatoriana. Sin embargo, esas mismas razones no le han hecho perder vigencia, como una de las formas de representar y canalizar demandas de los sectores socialmente subordinados; al contrario su crecimiento, si bien no es muy espectacular, ha sido constante, a lo largo de los últimos diez años. De hecho, el porcentaje de adhesión electoral lograda por esa vertiente, si se suman todas las fuerzas que se reclaman de ese origen ideológico y algunas que le son directamente funcionales, supera el 12% en las elecciones de 1988.

Un elemento interesante de anotar es la inserción en realidades regionales: la presencia del marxismo es importante sobre todo en la Sierra Ecuatoriana, y de ella, la capital y la región central y sur, curiosamente, en aquellas provincias en donde la economía está más deprimida.

Otro que hay que señalar es que la izquierda, ahora más que nunca

no es impermeable a las modalidades tradicionales de participación política: caudallismo, clientelismo, patrimonialismo comienzan a ser prácticas utilizadas corrientemente en los procesos de participación electoral, sobre todo. Esto puede implicar dos cosas: la primera que haya admitido definitivamente la dinámica de inclusión en donde se inscribe al menos la izquierda electoral, y la segunda, que relativiza aunque no niega la anterior, es que haya desarrollado un proceso social de aprendizaje e incorporado a sus prácticas elementos pertinentes a las debilidades estructurales del sistema político, generando una cultura política compatible con el entorno, pero no por ello liberada de sus posibilidades de acción y de conducción o catalización del conflicto, como hecho inevitable ante la carencia o disputa de recursos escasos.

4. Nuevas vertientes?.-

Las tres corrientes: comunista, maoista, socialista radical de los años sesenta, han sufrido el impacto de hechos internacionales y de orden interno que las han transformado. Ahora bien esas modificaciones pudieron haber tenido pesos distintos de acuerdo a la magnitud del referente para la construcción de la identidad de cada una de ellas.

La vertiente comunista, por ejemplo, articulada históricamente a la Unión Soviética sufre en 1987-88 la escisión más grave de

su historia, desde la ruptura maoista, por la salida de una fracción importante, en la provincia donde más presencia tenía: Pichincha, la misma que reclamaba precisamente democracia, comprensión de la pluralidad clases -interés nacional, entre otras propuestas realmente novedosas en un partido tan tradicional como el comunista.

La vertiente maoista, de otro lado, perdió a Mao, cuando en China cayó el Gobierno de la Banda de los 4, se solidarizó con Albania, pero, a diferencia de la mayoría de partidos con orígenes similares en América Latina, no se redujo a un cenáculo radical ni optó por el camino de la guerra. Incluida en el espacio universitario del Estado desarrolló redes que le permitieron abordar la sociedad y legalizar un partido de corte radical y marxista, que es la estructura orgánica más grande de toda la corriente marxista ecuatoriana y que levanta, a su modo, un discurso de diversidad y nacionalidad antioligárquica. Las expectativas de esta vertiente, están condicionadas, dada la extensión de sus prácticas a lograr ser incluida en el sistema político ecuatoriano, y no al conflicto.

Por último la tendencia del socialismo radical es probablemente la que sufrió en mayor medida la caída de sus paradigmas latinoamericanos. El che, la imagen revolucionaria cubana, la derrota de Cono Sur, la bancarrota económica Nicaraguense, demostraron en estos treinta años la debilidad de las expectativas y de ese discurso confrontado a los cambios del entorno. La suerte de esta ver-

tiente ha sido múltiple. Balcanizada, dispersa, se fragmentó durante los años setenta y es muy débil en los ochenta. Las dos organizaciones citadas en este trabajo, por ejemplo, han sufrido procesos distintos. El MIR se divide en el año de 1981 y se reduce aún en el ámbito estudiantil a una expresión mínima. El socialismo revolucionario también se divide varias veces, pero una fracción hegemónica desarrolla un proceso interesante e inusitado de unidad con los remanentes del viejo partido que estalló justamente en la década de los sesentas para articular un proyecto de inclusión en el sistema que es, a finales de los ochenta el espacio marxista más influyente en el sistema político, levantado sobre dinámicas regionales y modalidades de participación similares a las de los otros partidos políticos de distinta ideología.

Sin embargo, en cada uno de los tres casos, el discurso ha variado poco. En términos de la formación social, comunistas y quienes provienen del maoísmo original, han admitido la preeminencia de las relaciones de producción capitalistas en el Ecuador, pero sólo a partir de 1988. En lo que se refiere a la interpretación de las clases y los actores políticos, el discurso de los tres partidos sigue usando la metodología y llega a similares conclusiones que en la década de los sesentas. Una transformación más profunda afecta a la posición respecto de la lucha armada, la misma que no es tratada sino muy periféricamente, casi como el ritual que ya inservible en sus contenidos, sigue siendo una forma de conservar la tradición.

En ninguno de los documentos posteriores a 1985 estas organizaciones se refieren al tema, salvo para criticar las prácticas de los grupos políticos armados ecuatorianos.

Los grupos que proclaman la violencia como forma de participación política, teniendo como se ha comprobado en la tesis un origen histórico discursivo y orgánico que se remonta a la década de los sesentas, se retroalimentan sobre todo de la vertiente socialista radicalizada a principios de los años ochenta, pero desarrollan un discurso radicalmente diferente que los emparenta muy lejanamente con el marxismo: los referentes de nacionalidad, libertad, democracia, sustituyen al análisis clasista y se alejan conscientemente de él. Aparentemente son un fenómeno distinto aunque el origen es el mismo; sin embargo es necesario precisar que pese a esta nueva diferenciación, son mucho mayores los puntos de contacto con la izquierda marxista, en lo que se refiere al discurso sobre la sociedad, que con las otras formaciones políticas del sistema.

La izquierda marxista ecuatoriana se ha transformado, y ello se ha reflejado también en el discurso. Demandas de pluralidad le han infiltrado desde la sociedad civil; sin embargo, las condiciones estructurales que determinan la distribución de los recursos en situaciones de escasez, no permiten pensar un escenario que pueda eludir el conflicto en dinámicas para las cuales, tanto el discurso como el actor pueden funcionalizarse.

La influencia de los hechos externos sobre el discurso y sobre el actor debe ser pensada en relación a la condición endógena de la corriente articulada a la dinámica ecuatoriana y en términos similares en el resto de América Latina, por lo tanto es improbable pensar que esas circunstancias conduzcan a un momento refundacional, o más improbable aún, de desaparición o disolución.

De otro lado, pensado desde cualquier perspectiva, y con la hegemonía de cualquier actor social o político diferente, un escenario de transformación no puede eludir considerar o incluir a esta vertiente política.

Finalmente, la dinámica de inclusión admitida por el marxismo partidista durante los años ochenta, no ha significado, en términos del sistema político un elemento desestabilizador. Al contrario, la acción política que hay que relativizar al contexto ecuatoriano, ha apuntalado en cierto sentido la frágil institucionalidad vigente. Si bien es cierto que la izquierda marxista no ha disputado hegemonías centrales, tanto su participación regional, desde usos de poder, cuanto su presencia en el escenario político ecuatoriano, le certifican como un actor válido en el proceso inaugurado en 1979, lo cual no quiere decir -no tiene por qué serlo- que los fundamentos de su discurso hayan cambiado, ni tampoco el horizonte lejano de sus expectativas máximas.

B I B L I O G R A F I A .-

- Agee, Philip, La CIA en el Ecuador se.sl.sf.
- Aguirre, Manuel Agustín, Revolución burguesa o revolución proletaria para América Latina y el Ecuador, PSRE, sf.
sl.
- Alexander, J. Robert, "El Comunismo y los partidos nacionales de la reforma social en América Latina" en: la estrategia del engaño.
- Arico, José, "Asedio al socialismo argentino", en: Nueva Sociedad, 1987.
- Arico, José, Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano, cuadernos pasado y presente, México, 1980.
- Assadoriam, Laclau y otros Modos de producción en América Latina, siglo XXI, Bogotá, 1976.
- Ayala, Enrique, Historia del partido socialista, ed. La Tierra, Quito, 1988.
- Barreto, Primitivo, "Apuntes históricos del movimiento obrero y campesino del Ecuador en: La formación de la CTE, CEDIME Quito, 1983.
- Bartes, Roland, La semiología, Editorial tiempo Contemporáneo, Bnos. Aires, 1972.
- Béjar, Héctor, Experiencias guerrilleras, La Habana, 1969.
- Bennemelis, Juan, "Fidel Castro: el condottieri del Caribe, principios de la política exterior", en: Revista occidental, estudios latinoamericanos, Tijuana, México, 1988.

- Bobby, Norberto, Qué socialismo, Plaza y James, Barcelona, 1986.
- Bonilla, Adrián y Páez, Alexei, "Literatura, ideología y sociedad en los años 30", en: Naríz del Diablo N° 11, CIESE, Quito, 1988.
- Bonilla, Adrián, "La Revolución Juliana: una ventaja a la modernidad" en: difusión cultural N° 6, Bco. Central, Quito, 1987
- Bagley, Bruce, "Elitism, Pluralism and Marxism, Postivist and Dialectical approaches to the study of Political power and state in latin America", mimeo, John Hopkins University, Washington, 1981.
- Caballero, Manuel, La internacional Comunista en América Latina, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1987.
- Carrasco, Adrián, Vintimilla María y Suárez Cecilia, "La crisis de la sociedad y la Cultura: la búsqueda de una nueva ecuatorianidad en los años 30", ponencia presentado al segundo encuentro de historia económica, Bco. Central del Ecuador, Quito, 1988.
- Castagno, Antonio, Símbolos y mitos políticos, Ed. Universitaria, Bnos. Aires, 1980.
- Cueva, Agustín, Entre la ira y la esperanza, Ed. Planeta, Quito, 1989.
- Daray, Ribeiro, El dilema de América Latina, estructuras de poder y fuerzas surgentes, siglo XXI, México, 1982.
- De Ippola, Emilio, Ideología y discurso populista, Plaza y Valdéz, México, 1987.
- Debray, Regis, Revolución en la Revolución, sed, sl, sf.

- Deleuze, Gilles "La vida como una obra de arte", en: Revista difusión cultural Nº 8, Bco. Central, Quito, 1988.
- Deleuze, Gilles, Foucault, Ed. Paidós, México, 1987.
- Easton, David, "Categorías para el análisis sistemático de la política" en: enfoque sobre teoría política, Amorrocu, Buenos Aires, 1969.
- Eisesntad, S.N., Modernización, movimientos de protesta y cambio social, Amorrotu, Buenos Aires.
- Foucault, Michel, El discurso del Poder, Siglo XXI, México, 1983.
- Foucault, Michel, Nacimiento de la Clínica, Siglo XXI, México, 1985.
- Gott, Richard, Las guerrillas en América Latina, Ed. Universitaria, Santiago, 1971.
- Germani, Gino, "Democracia y Autoritarismo en América Latina", en: Los límites en la democracia, CLACSO, Buenos Aires.
- Guevara, Ernesto, "Tácticas y Estrategias de la Revolución Latinoamericana en: Obras completas, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1977.
- Gott, Richard, La guerrilla en América Latina, Ed. Universitaria, Santiago, 1971.
- Goulner, Alvin, La sociología actual. Renovación y Crítica, Alianza, Ed. Barcelona, 1978.
- Gramsci, Antonio, La formación de los intelectuales, Grijalbo, México, 1984.
- Heller Agnes, Feher, Fenena, Anatomía de la izquierda occidental, Ed. Península, 1985.

- Icaza, Patricio, Historia del movimiento obrero ecuatoriano, CTE, Quito, 1983.
- Kirk Patric,, Jeanne, "Introducción" en: la estrategia del engaño, Ed. Limusawiley, México, 1964.
- Kemmerer, Edición, "Diario personal de su permanencia en Ecuador", en: Cultura N° 19, Banco Central, 1984.
- Laclau, Ernesto, "Teorías marxistas del Estado" en: Lechner et. al., Estado y poder en América Latina, siglo XXI, México, 1981.
- Laclau, Ernesto, "Hacia una teoría del populismo" en Política e ideología en teoría marxista, siglo XXI, México, 1986.
- Lamberg, Robert, La guerrilla en Latinoamérica, EDIME, Madrid, 1979.
- Lechner, Norbert, "De la Revolución a la Democracia" en: Sociedad N° 2, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1986.
- Lewis, Fever, Las rebeliones estudiantiles contra el Establishment, Paidós, Bnos, Aires, 1969.
- Martín Barbero, Jesús, Comunicación Masiva; discurso y poder, CIESPAL, Quito, 1978.
- Menéndez-Carrión, Amparo "La democracia en el Ecuador: Dilemas y perspectivas" doc. de trabajo, FLACSO-Quito, 1988.
- Menéndez-Carrión, Amparo, La conquista del voto en el Ecuador, CEN, Quito, 1986.
- Moreano, Alejandro, "De la ética de la revolución al culto del orden",

ponencia al seminario, cultura entre dos crisis, -
1987.

Moulian, Tomás, "La democracia difícil", mimeo Flacso, Chile, 1988.

Moulian, Tomás, "Democracia y socialismo en Chile", FLACSO, Santiago,
1986.

Muñoz, Leonardo, Historia de una lucha, CEN, Quito, 1987.

Newfield, Jack, la nueva izquierda, una minoría profética, Martínez
Roca, Barcelona, 1969.

Paéz, Alexei, El anarquismo en el Ecuador, CEN, INEOC, Quito, 1986.

Partido Comunista Ecuatoriano, Programa, sf.sl.

PCMLE "En defensa del Partido" en: Política Nº 9, PCMLE, 1979.

PCME, Línea General de la Revolución Ecuatoriana, se, sl, 1970.

Poloniato, Alicia, Rodríguez, Lourdes, Mirando el análisis del discurso
político y social, Plaza y
Valdez, México, 1987.

Rama, Carlos, Historia del movimiento obrero y social latinoamericano,
Ed. Leia, Barcelona, 1976.

Ribeiro, Darcy, El dilema de América Latina, estructuras de poder y
fuerzas insurgentes, Siglo XXI, México, 1982.

Saad, Pedro, Obras escogidas, Tomo IV, Ed. Claridad, sf.

Saad, Pedro, Obras escogidas, Tomo V, ed. Claridad, Guayaquil, 1977.

Saad, Pedro, "lucha por la transformación radical del país", resolución
del pleno del CC del PCE, Guayaquil, Octubre, 1969, en:
Obras escogidas, Tomo IV, Ed. Claridad, Guayaquil, sf.

Saad, Pedro, Lineamientos Programáticos de 1957, en: Obras escogidas,

- Tomo V, ed. Claridad, Guayaquil, 1977.
- Saad, Pedro, La revolución ecuatoriana y sus características, en: Obras escogidas, tomo IV, Ed. Claridad, Guayaquil, sf.
- Saad, Pedro, Pleno del CC. en 1960, en: Obras escogidas, Tomo IV, Ed. Claridad, Guayaquil, sf.
- Saad, Pedro, Resoluciones al VII congreso del PC., Marzo, 1963 en: Obras Escogidas, Tomo V, ed. Claridad, Guayaquil, 1977.
- Saad, Pedro, "Resolución al Pleno del Comité Central del PC", septiembre 1965, en: Obras escogidas, Tomo IV, Ed. Claridad, Guayaquil, sf.
- San Martín, Alejandro, "Esquema para un trabajo de investigación sobre el conflicto en la sociedad peruana" en: ensayos sobre violencia en el Perú, Fundación Ebert, Lima, 1989.
- Saussure, F. de, Curso de lingüística general, Paidós, B.A., 1969.
- Stalin, José, Los fundamentos del Leninismo, Grijalbo, México, 1970.
- Silva, Erika, "El terrigenismo: opción y militancia en la cultura ecuatoriana en: Cultura Nº 9, BCE., Quito, 1981.
- Sonntag, Heinz, Vida, certeza y crisis, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 1987.
- Terán, Oscar, "Introducción" en: Foucault, el discurso del poder, siglo XXI, México, 1983.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia, Perón o Muerte los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Ed. Legasa, Barcelona, 1985.

Varios: "Hacia una visión general de la violencia actual en Colombia" en Colombia: Violencia y Democracia, universidad Nacional del Colombia, Bogotá, 1988.

"Ideología y Cultura en los años 30", ponencia presentada al Encuentro de Historia Económica", Banco Central, Quito, 1987.

La formación de la CTE, CEDIME, Quito, 1983.

Weber, Max, El político y el científico, Alianza Editorial, Madrid, 1979.